

DRAKONTOS

Luca y Francesco  
Cavalli-Sforza

DK

# Quiénes somos

Historia de la diversidad humana



CRÍTICA

# QUIÉNES SOMOS

Historia de la diversidad humana

Luca y Francesco Cavalli-Sforza

**CRÍTICA**  
BARCELONA

Primera edición: Crítica, 1994  
Primera edición en esta presentación: abril de 2015

*Quiénes somos*  
Luca y Francesco Cavalli-Sforza

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Chi siamo. La storia della diversità umana*

© Arnoldo Mondadori, Editore S.p.A., Milán, 1993  
© 1994 de la traducción Juan Vivanco  
Revisión de Jaume Bertranpetit

© Editorial Planeta S. A., 2015  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)  
[www.espacioculturalyacademico.com](http://www.espacioculturalyacademico.com)

ISBN: 978-84-9892-823-5  
Depósito legal: B. 6242 - 2015  
2015. Impreso y encuadernado en España por Book Print

---

●

# Índice

<i>Prefacio: Un hombre es un hombre</i>	9
1. <i>El estilo de vida más antiguo</i>	13
De caza con los pigmeos	14
Un genetista brujo	16
El pueblo de la selva	18
Vida pigmea	20
El mensaje de un faraón	21
El pueblo más bajo del mundo	22
¿Por qué son bajos?	23
Los pigmeos y los agricultores	27
Los cazadores-recolectores en los tiempos modernos	28
Los últimos supervivientes	30
Un caso de agotamiento de la variedad genética	32
Una ética alejada de la nuestra	34
Sociedades sin futuro	35
¿Por qué habríamos de ocuparnos de estas extrañas poblaciones?	36
2. <i>Una galería de antepasados</i>	40
Un descubrimiento controvertido	40
Los descubrimientos se multiplican	42
¿Qué es un fósil?	43
El eslabón	43
¿Cómo se pueden datar los restos?	44
La física acude en ayuda de los arqueólogos	44
En busca del parentesco entre el hombre y los simios	47
La hemoglobina	48
El estudio de la evolución a través de las proteínas	49
El árbol evolutivo de los simios y el hombre	51
Género y especie	53

El antepasado más antiguo	53
El árbol genealógico de la especie humana	53
Los australopitecos	55
<i>Homo habilis</i>	56
<i>Homo erectus</i>	56
Los lugares de la evolución humana	58
<i>Homo sapiens</i>	59
La diferenciación de <i>Homo sapiens</i>	60
3. <i>Cien mil años</i>	64
<i>Homo sapiens neanderthalensis</i>	65
La vida del neandertal	67
¿Comportamientos rituales?	67
Difusión del neandertal	70
<i>Homo sapiens sapiens</i>	70
Dos métodos nuevos de datación	71
La difusión del hombre moderno	71
Hombre moderno y neandertal: ¿competencia o mezcla?	72
Un nuevo estilo de vida	73
La cuestión de la «Eva africana»	76
La estructura del ADN	77
El ADN mitocondrial	79
En busca de «Eva»	80
¿Una fecha de origen para el hombre moderno?	83
Eva africana: el ejemplo de los apellidos	84
Ciencia y certeza	85
En busca de Adán	88
4. <i>¿Por qué somos distintos? La teoría de la evolución</i>	89
Células germinales: ADN, genes y cromosomas	90
La transmisión de los caracteres genéticos	92
La mutación	94
Consecuencias de la mutación	94
Una enfermedad genética	95
En los monasterios medievales	95
Una ventaja inesperada	97
El genoma humano	98
¿Es frecuente la mutación?	99
Las mutaciones como medida de la diferencia genética	100
Un factor del que depende el destino de una mutación	101
El destino de un mutante en una población	102
Una pausa para aclarar ideas	105
El destino de una mutación: gran final	106

Las fuerzas que nos hacen distintos	107
Las enfermedades hereditarias	107
Mutaciones ventajosas	109
La mutación propone, la selección dispone	110
Ventajas evolutivas	112
La importancia del azar	113
Una investigación de campo: el valle del río Parma	116
Los efectos de la deriva genética	117
Azar y necesidad	118
Mutaciones que hicieron historia	118
La migración	119
Una elección estética	120
5. <i>¿En cuánto nos diferenciamos? Historia genética de la humanidad</i>	121
Una ciudadela del saber	122
La investigación sobre los grupos sanguíneos	123
Hipótesis sobre el pasado a partir de la sangre	125
¿Cómo podemos reconstruir nuestro pasado?	127
Un árbol evolutivo basado en los grupos sanguíneos	129
Un árbol basado en el aspecto exterior del cuerpo	131
¿Qué caracteres nos hablan de la historia del hombre?	131
Genes y caracteres antropométricos	133
El árbol evolutivo se perfecciona	134
Migraciones recíprocas	136
¿Cuándo han tenido lugar las grandes separaciones entre los grupos humanos?	137
Distintos, pero superficialmente	140
En cuánto nos diferenciamos	140
6. <i>Los últimos diez mil años: el largo camino de los agricultores</i>	143
Tras las huellas de los megalíticos	143
Un paso en falso y una buena idea	145
La importancia de los números	146
En los orígenes de la agricultura	147
La explosión demográfica	148
La expansión de los agricultores	151
Una hipótesis poco ortodoxa	155
¿Por qué nació la agricultura?	157
¿Difusión de los hombres o de la tecnología?	161
La contribución de la genética	161
Paisajes genéticos	164
Mesolíticos y neolíticos	167
Una simulación con ordenador	168

Se confirma una hipótesis poco ortodoxa	170
Una disección genética de Europa	171
Multiplicación y migración: los factores de expansión	173
Otras grandes migraciones	177
<b>7. <i>La torre de Babel</i></b>	<b>182</b>
Reflexiones sobre una leyenda	182
Distintas lenguas, un solo lenguaje	183
¿Cuántas lenguas existen hoy?	184
¿Con qué velocidad cambian las lenguas?	185
¿Quién muerde a quién?	186
Familias lingüísticas	187
El hombre es un infatigable clasificador	190
A favor de la hipótesis de Greenberg	191
Una mirada global a las lenguas del mundo	192
Familias y superfamilias: Eurasiático y Nostrático	197
¿Se habló alguna vez una sola lengua ancestral?	201
¿Cuándo apareció el lenguaje?	203
El instrumento más importante del hombre moderno	205
La evolución en biología y en lingüística	206
Selección natural, selección cultural	209
Cerebro y lenguaje	210
¿Existe relación entre evolución biológica y lingüística?	214
La excepción «controla» la regla	216
La lengua de los conquistadores	217
Una profecía de Darwin	218
<b>8. <i>Herencia cultural, herencia genética</i></b>	<b>220</b>
Cuatro europeos	221
Genes, aspecto y comportamientos	222
La cultura, palabra de mil significados	224
Evolución, complejidad y progreso	225
La transmisión cultural	226
Transmisión vertical	228
Transmisión horizontal	230
Mutaciones culturales	232
Cien maneras de casarse	233
Motivaciones que no se reconocen a nivel consciente	234
Una locura colectiva	235
Cambio cultural, cambio genético	236
El cociente de inteligencia	237
¿El C.I. está determinado por la herencia o por el ambiente?	239
Dos investigaciones sobre la herencia cultural	242

9. <i>Raza y racismo</i>	245
La raza y las razas	246
¿Cuántas razas hay en la Tierra?	247
La geografía genética de Italia	247
Algunos pueblos europeos	250
¿Existe una raza judía?	251
Racismo y razas puras	255
El racismo	256
Los orígenes de la pretendida superioridad biológica	257
Patogénesis del racismo	259
La terapia	263
Inventar una ingeniería social	265
10. <i>El futuro genético de la humanidad y el estudio del genoma humano</i>	268
¿Cómo cambiará el hombre genéticamente?	269
Eugenesia	271
La ingeniería genética	276
El Proyecto del Genoma Humano	278
La diversidad genómica humana	279
La importancia de un enfoque multidisciplinar	282
Las conclusiones se ponen a prueba	284
El estudio del hombre	285
<i>Epílogo</i>	286
Notas bibliográficas	290
Agradecimientos	295
Índice alfabético	297



## El estilo de vida más antiguo

No soy cazador. Pero hace años me invitaron a un coto de caza de Austria, y no pude resistir la tentación. Había un tiradero camuflado en el bosque, con una escalerilla que llevaba a un pequeño balcón. En el barandal habían colocado un fusil Mauser, apoyado en unos cojines. Había pasado poco tiempo cuando un corzo entró lentamente en la zona de sol, bien visible, a poco más de cien metros del tiradero. Yo sabía disparar bastante bien, pero como no estaba acostumbrado a cazar no tenía muy claro dónde debía apuntar. Le di entre el pecho y la barriga, y por suerte el bellissimo animal debió morir casi al instante. Enseguida empecé a sentirme gravemente culpable, y asistí con un sentimiento de pena al antiguo rito del guarda, que celebraba la muerte del animal mojado una ramita de pino en la sangre y poniéndosela en el sombrero. Pensé que nunca volvería a ir de caza.

No fue así. En los años sesenta empecé una investigación entre los pigmeos africanos, que viven cazando y recolectando los frutos de la naturaleza. Mi trabajo no me ponía en contacto directo con sus métodos de caza, pero sentí curiosidad por ver cómo se las apañaban estos grandes especialistas en medio de la selva. Sabía que los pigmeos habían suministrado casi todo el marfil que había llegado a los mercados occidentales desde que los portugueses se establecieron en la costa atlántica de África. Igual que hoy, vivían en la selva, por lo general lejos de la costa donde fondeaban los barcos portugueses. Los agricultores africanos eran los intermediarios entre los cazadores y los marineros.

Los pigmeos cazan a su manera, sin usar fusil. Como es sabido, son muy pequeños. Parece un chiste que los hombres más pequeños del mundo se dediquen a cazar los animales más grandes. Con un enorme valor esperan la carga del elefante, después de haber clavado en el suelo una gran lanza dirigida hacia el pecho del animal, y en el último momento salen corriendo; o bien le hieren en los flancos y en el vientre, o en las piernas para cortar los tendones.

No me aventuré a ir a cazar elefantes con ellos. La zona de caza estaba a cuatro o cinco días de marcha por la selva, a una temperatura de 35 a 40 grados

centígrados, y sobre todo con una humedad del 100 por 100. Recuerdo el relato de un agricultor africano que había ido, y en el momento crucial se había escondido tras un árbol, por el miedo cerval que se apoderó de él al ver a aquel animalote corriendo en dirección a su *tuma* (el título prestigioso al que tiene derecho el pigmeo que es maestro cazador de elefantes).

### De caza con los pigmeos

Le pregunté al jefe de un campamento si podíamos ir juntos de caza. Éramos dos, un colega y yo. Me contestó que tenía que consultarlo con los demás. La sociedad pigmea no tiene jerarquía social, y el «jefe» no posee verdadera autoridad, no es más que un punto de referencia para las personas que vienen de fuera. Su parlamento delante de los demás fue bastante largo, y no se le debieron pasar por alto los regalos que habíamos llevado: bastante comida, cigarrillos y un fusil. En el campamento había nueve familias, o quizá diez, de las que siete estuvieron de acuerdo. Para la caza con red, que es la que suelen practicar la mayoría de los pigmeos, hacen falta por lo menos siete redes para hacer un círculo lo bastante grande alrededor de los animales. Cada familia suele tener una red de unos cuarenta metros de largo, tejida con un cordel hecho con corteza de árbol.

Salimos a la mañana siguiente y acampamos en la selva después de caminar varias horas. En dos o tres horas las mujeres construyeron las cabañas, que tienen forma semiesférica un poco alargada, con una longitud de un pigmeo tumbado y una entrada tan angosta que te obliga a arrastrarte. Están formadas por un armazón de palos entrelazados, cubierto de grandes hojas que las hacen completamente impermeables a la lluvia. La cama son unos troncos finos colocados a lo largo, paralelamente al cuerpo. Dos pigmeos jóvenes, que no tenían mujer, durmieron al sereno en un lecho de ramas, abrazados para pasar menos frío. Nosotros habíamos llevado unas literas de campo con mosquitera. Durante la noche se puso a llover, y tuvimos que ponernos los impermeables y colocar las literas a salvo para que no se mojaran demasiado, apoyándolas verticalmente en el tronco de un árbol. La lluvia duró poco (estábamos en la estación seca), y pudimos acostarnos otra vez.

Al día siguiente salimos a cazar, acompañados de las mujeres y los niños más pequeños, que iban en busca de tortugas y pájaros. La selva tiene árboles de treinta o cuarenta metros de alto. El follaje es tan espeso que no deja pasar los rayos del sol, por lo que todo está envuelto en una fuerte penumbra y en el suelo apenas hay vegetación, sólo matas y arbustos, muy verdes para compensar la falta de luz. Son las mismas plantas que encontramos en los pisos de ciudad, donde no hay mucha luz. El suelo está lleno de troncos caídos y otros obstáculos. Los hombres colocan las redes, que tienen un metro de altu-

ra, formando un redondel, colgándolas de ramas bajas para que los animales no las vean con facilidad.

En esta fase todos permanecen en silencio, sin verse unos a otros, hasta que una señal indica que el círculo está preparado y empieza la caza. Un grupo de tres o cuatro hombres avanza hacia el centro lanzas en ristre, haciendo ruido para espantar la caza, mientras los demás se quedan junto a las redes, incluyendo a las mujeres, dispuestos a atacar a los animales que en su huida chocan con ellas o se quedan momentáneamente enredados. No tardan en levantarse, de modo que hay que detenerles y herirles sin perder tiempo. La selva es muy espesa, y por lo general no se ve más allá de unos cuantos metros, de modo que no es fácil asistir al encuentro con el animal. Se oye el fragor de la lucha y los gritos, una excitación que dura hasta que la pieza ha sido cobrada o logra escapar. El ciclo dura cuarenta o cincuenta minutos, luego el grupo se desplaza aproximadamente un kilómetro y se reanuda la cacería.

Deambulamos así durante todo el día, sin cobrar muchas piezas. Después de cada círculo se trató de cambiar el signo de la fortuna con fórmulas y acciones mágicas, escupiendo en las redes, unas veces atrayendo a los animales con canciones y otras insultándoles. En un momento dado se capturó un animal importante: nos dimos cuenta enseguida, porque en medio del ajetreo de la cacería se escuchó una risa muy fuerte, argentina, una clara exclamación de júbilo. Era un gran antílope.

Toda la caza se reparte entre los miembros del campamento, pero el que ha cazado el animal se queda con algunas de las mejores porciones. Para los pigmeos está claro que la caza es un trabajo, se necesita para vivir, pero también es un trabajo divertido. En cierto sentido es como una partida de póquer: posee toda la incertidumbre del azar, pero requiere astucia y experiencia. La apuesta es comer, o aguantar el hambre.

Los pigmeos poseen un gran conocimiento de las costumbres de los animales, lo cual les permite cazas muy difíciles, como la del hormiguero, o peligrosas, como la del elefante. Es una aventura muy distinta de la de muchos de nuestros contemporáneos no pigmeos, que han hecho de la caza su pasatiempo preferido y se pasan las horas muertas dentro de un tonel en un río esperando a los patos, arriesgándose, como mucho, a recibir una perdigonada de algún otro cazador, pero no a pasar hambre.

A los pigmeos les gusta mucho su vida. Es difícil desarraigárgales, sólo se puede hacer destruyendo la selva, como ha sucedido en los últimos dos años y sigue sucediendo a una velocidad enloquecida, en una verdadera aniquilación a escala planetaria, pero mientras en África queden grandes franjas de selva tropical sin alterar, habrá en ellas pigmeos cazando. Su habilidad es proverbial, como pudimos comprobar cuando le dimos a uno de ellos el fusil que nos habían prestado, y cuatro cartuchos: al final de la jornada volvió con tres animales y un cartucho que había fallado.

En la selva hay miles de entretenimientos, y se encuentran verdaderas golosinas. Yo quería comer miel de abejas salvajes, y un pigmeo me dijo que conocía una colmena a tres horas de camino (y a más de treinta metros de altura, en un árbol). Le prometí un regalo, y volvió al caer la tarde con una colmena muy oscura, llena de miel de sabor muy fuerte, que en parte mezclamos con whisky.

En primavera hay una gran fiesta, a la que nunca he asistido, cuando llega la estación de las orugas. La selva se llena de orugas de mariposa, que al parecer son exquisitas. Yo (afortunadamente) no estaba allí en ese momento. Sé que toda la aldea de los agricultores se va a la selva, guiada por los pigmeos, y sin saberlo hace una buena provisión de valiosas proteínas, que no puede encontrar en su dieta diaria, esencialmente vegetariana.

## Un genetista brujo

Soy genetista, y en los últimos treinta años me he ocupado sobre todo de la evolución de las poblaciones humanas. En 1966 daba clases de genética en la Universidad de Pavía, y llegué a la conclusión de que era importante organizar una expedición científica entre los pigmeos de la selva tropical africana. ¿Por qué precisamente los pigmeos, y qué tienen que ver con mis investigaciones?

La genética es la ciencia de la herencia. Es la clave de toda la biología, porque explica los mecanismos de la reproducción de los seres vivos, del funcionamiento y la transmisión del material hereditario, de las diferencias entre individuos, de la evolución biológica. Son estas las características fundamentales que distinguen a los organismos vivos de la materia inanimada.

Durante más del 99 por 100 de su historia, la humanidad ha vivido de la caza y la recolección. Los pigmeos son uno de los pocos ejemplos que quedan de este tipo de vida. Yo quería estudiarles para entender varios aspectos de la evolución del Hombre en este intervalo tan grande de su existencia. En los años sesenta apenas quedaban ya poblaciones en las que se pudiera hacer este tipo de investigación. También quería entender qué relación había entre la evolución de los pigmeos y la de los demás africanos, que eran desconocidas, incluyendo las razones de la diferencia de estatura.

Para estudiar la genética de los pigmeos necesitaba extraerles pequeñas cantidades de sangre. No siempre es fácil convencer al más racional de los europeos para que se deje pinchar con una aguja y vea cómo corre su sangre fuera de sus venas. No tenía la menor idea de cómo se iban a comportar los pigmeos.

En nuestras primeras expediciones, la base era un laboratorio construido por el Museo de Historia Natural de París junto a la frontera suroeste de la República Centroafricana. Era un pequeño grupo de edificios de piedra situa-

do en un calvero, en plena selva, en el centro de una zona poblada por numerosos grupos de pigmeos. Para los desplazamientos usábamos jeep o landrover.

Mi primer intento fue un fracaso total. Había concertado una cita con uno de estos grupos de pigmeos a través del jefe de los trabajadores de una plantación de café, propiedad de un francés, un noble provinciano que se había marchado a África para dedicarse a la agricultura. El día señalado me presenté con mis colegas y todos nuestros instrumentos en la era de la hacienda, y allí me enteré de que todos los pigmeos habían huido a la selva. Alguien había corrido la voz de que yo era un *likundu*, un demonio, un brujo malvado, y los pigmeos me habían dejado al tonto del pueblo para que experimentara con él, no sé muy bien si para burlarse o para ver qué era capaz de hacerle.

Me preocupó el hecho de que esta mala fama, surgida de un modo tan súbito e imprevisto, se propagara por toda la zona, creando el vacío a mi alrededor. Decidí ir en busca de otros pigmeos lo más lejos posible y elegí un lugar que estaba a siete horas de coche de nuestra base. Era la mayor distancia que se podía recorrer en un día, saliendo muy temprano (a la una de la madrugada) y volviendo muy tarde, porque aquel primer año no llevábamos equipo para pasar la noche fuera.

Me fue de utilidad algo que siendo niño me contó mi padre, una vez que me llevó a ver una película sobre el comercio del marfil. Me dijo que a los pigmeos les gustaba mucho la sal, como a las cabras. Esta vez me llevé gran cantidad de sal y evité cuidadosamente —en la medida de lo posible— a los intermediarios.

El éxito fue total. A partir de entonces resultó muy fácil obtener muestras de sangre de los pigmeos, mucho más fácil que de cualquier otra población con la que haya trabajado antes o después. Como regalos llevábamos sal, jabón y tabaco, y les curábamos con medicinas cuando era posible, pero creo que también contribuyó el trato respetuoso y amigable que tuvimos con ellos. Los pigmeos son muy listos para distinguir a los amigos de los enemigos, y enseguida se dan cuenta de las verdaderas intenciones de su interlocutor.

A lo largo de casi veinte años estuve diez veces en África, y tomamos muestras de sangre de más de 1.500 pigmeos en más de treinta lugares distintos, no sólo en la República Centrafricana, sino también en Camerún y Zaire. He vuelto varias veces a alguno de estos lugares, y siempre he sido bien recibido.

Recuerdo un episodio muy divertido, que puede dar una idea de la índole de los pigmeos. En mi segunda expedición, en 1967, participó Gianni Roghi, un queridísimo amigo, periodista y deportista, muy aficionado a la antropología. Gianni era una persona extrovertida e inquieta, con cualidades extraordinarias. Un día se dio cuenta de que en un grupo de pigmeos que estaban ordenadamente en fila delante de nuestra mesa, esperando a que les sacáramos sangre, todos tenían un aire muy serio y compungido, un poco mohíno. Gianni decidió animar a la concurrencia, y se puso a cuatro patas, ladrando como un perro.

Los pigmeos se echaron a reír a mandíbula batiente. Muchos de ellos rodaron por el suelo, de tanto reír. Estuvieron así varios minutos, no podían pararse. Nunca he visto a nadie reír con tantas ganas.

## El pueblo de la selva

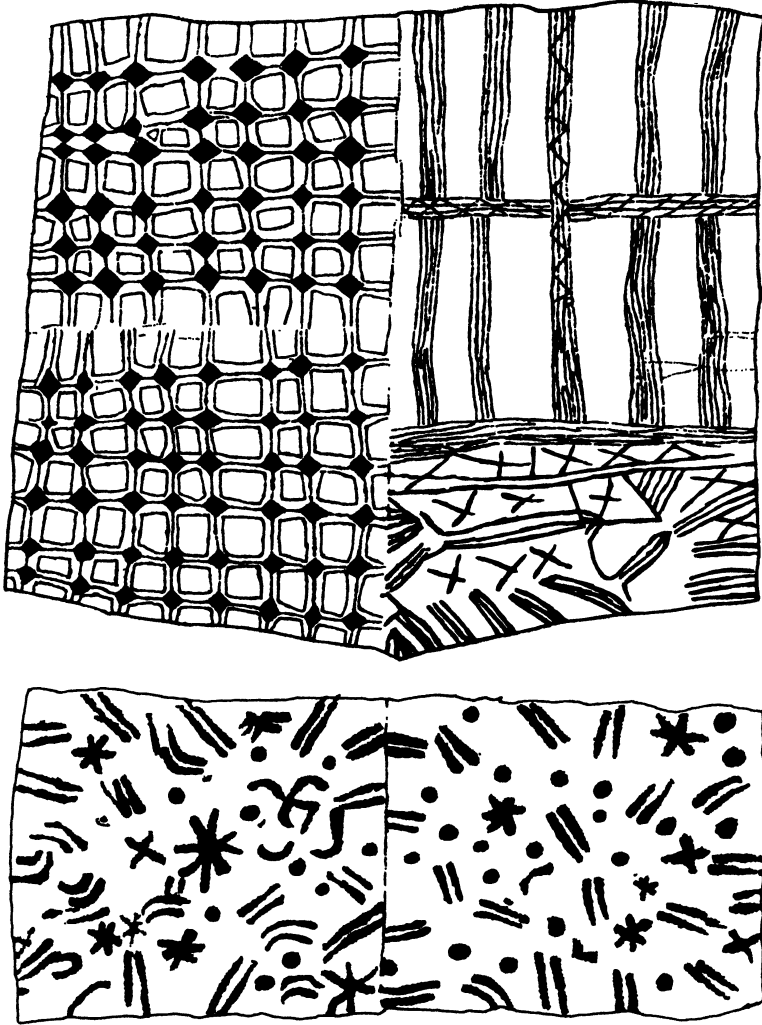
La organización social primitiva debía ser muy parecida a la de los pigmeos actuales. Son nómadas o seminómadas. Una tribu puede tener 500, 1.000 o 2.000 personas, a veces más, pero siempre viven en bandas, en grupos de unas treinta personas —pueden variar de diez a cincuenta, incluyendo a las mujeres y a los niños— que van juntos a cazar. De vez en cuando varias bandas, o toda la tribu, se reúnen para celebrar fiestas con grandes bailes y rituales colectivos. Los bailes y los coros son sus actividades sociales más importantes.

Construir una casa no les lleva mucho tiempo, como hemos visto, por lo que resulta fácil cambiar a menudo de campamento —una necesidad impuesta por la caza— y construir uno nuevo a varias jornadas de marcha. La composición del campamento no es fija, sino bastante variable. Las familias que lo forman suelen estar emparentadas por vía masculina, pero no siempre. En cada desplazamiento unos van por un lado y otros por otro, llegan más familias, y así cada campamento nuevo es un poco distinto del anterior. El territorio de caza está dividido entre los grupos, y los individuos lo heredan de sus padres. Además, si se desplazan, adquieren el derecho a cazar en el territorio de la familia de la esposa.

Aproximadamente el 30 o el 40 por 100 de la comida de los pigmeos es carne de caza variada, sobre todo antílopes y gacelas. También los monos se consideran auténticos manjares, sobre todo nuestros primos grandotes como el gorila y el chimpancé, que viven exactamente en las mismas zonas que los pigmeos. La caza es tarea de hombres, y las mujeres recolectan el resto de la comida: fruta, verdura y toda clase de productos vegetales.

CamINAN descalzos y siempre van totalmente desnudos, por lo menos hasta hace poco. La única prenda que llevan es un taparrabos, por lo general de corteza de árbol. No son capaces de tejer, y siempre que tienen ocasión se hacen con trapos de algodón, camisas y pantalones usados que les proporcionan los campesinos. Cuando empecé mi trabajo a mediados de los sesenta todavía se hacían los taparrabos con paños de corteza de árbol batida para ablandarla. Los pigmeos del noroeste de Zaire los pintaban de colores, con bellos dibujos que hoy se venden en Europa y América por cientos y hasta miles de dólares.

Los pigmeos se han adaptado extraordinariamente al medio de la selva. Son expertos en todo ser vivo. De las hierbas y raíces extraen medicamentos que la medicina occidental por lo general desconoce. Untan sus flechas con un veneno mortífero, obtenido con extractos de tres o cuatro plantas distintas. También conocen los antidotos para estos venenos. Dominan sobre todo la etolo-



1.1. Fajas de corteza de árbol batida y pintada, realizadas por los pigmeos de Epulu (selva de Ituri, Zaire).

gía, el comportamiento animal. Estos conocimientos son fundamentales a la hora de cazar. En realidad, son los únicos hombres capaces de sobrevivir por sus propios medios en la selva.

Hace algunos años vi una escena preciosa en una película de gran calidad científica. Un pigmeo le enseña a un niño que a los chimpancés les gustan mucho las termitas, y para cogerlas usan palitos con los que abren los túneles cons-

truidos por estos insectos en la corteza de los árboles. Las termitas, que viven en la oscuridad, se sienten molestas con la luz y se agitan como locas, subiéndose al palito. Entonces el chimpancé lo saca rápidamente y se traga las termitas. Hace varios años, el descubrimiento de que los chimpancés recurren a instrumentos —el más importante de los cuales es el palito que usan para sacar las termitas— provocó un gran revuelo en el mundo científico. Lo realizó sin ayuda de nadie Jane Goodall, una etóloga inglesa que tras muchos meses de trabajo en Tanzania consiguió que un grupo de chimpancés aceptara su presencia y estudió sus costumbres durante años. ¡Los pigmeos lo saben desde hace siglos, o milenios! Aunque ellos prefieren freír las termitas antes de comerlas.

## Vida pigmea

Conocer a los pigmeos fue una experiencia extraordinaria. Es la gente más pacífica que he conocido. Amables, muy dignos, y de buen talante. Si no están de acuerdo discuten, levantan la voz, a veces llegan a las manos —incluso entre marido y mujer, ambos son más o menos igual de fuertes—, pero casi nunca recurren a las armas. Apenas hay homicidios. Cuando dos personas están en desacuerdo, se esquivan y no se hablan durante algún tiempo. Cada uno construye su cabaña de modo que la entrada no dé hacia la entrada de la cabaña del otro, para no verlo cuando sale. Si la discordia es muy grave, uno de los dos se va del campamento y se une a otro grupo.

Uno de los principios de la ética pigmea —que sólo es posible en una zona de densidad de población muy baja— es que si dos de ellos se pelean en serio, se separan. Los demás pigmeos se hartan de oír sus gritos, y procuran que se estén callados. Si los pendencieros insisten, los echan de allí. No soportan a los que «hacen ruido», a los que «perturban la paz», como dicen ellos.

No hay jefes, jerarquías ni leyes. Hay igualdad entre hombres y mujeres. Las cuestiones que afectan a todos se discuten en común alrededor de una fogata. El peor castigo que puede infligir la comunidad es la expulsión del campamento, que en la selva casi equivale a una condena a muerte. La vida en la selva es magnífica en grupo, pero una persona sola no puede sobrevivir. Naturalmente, el exiliado siempre se puede unir a otra banda, si está dispuesta a acogerle.

Uno de los aspectos que más me ha impresionado es el enorme cariño con que tratan los padres y madres a los niños, que son criados por sus progenitores, pero tratados como hijos por todo el grupo. Si un niño se queda huérfano, es adoptado automáticamente por la familia de sus tíos, que le consideran como un hijo más. Cuenta Colin Turnbull, el primer antropólogo que vivió mucho tiempo con los pigmeos —y excelente escritor— que los niños llaman «padre» y «madre» a todas las personas de la generación de sus padres, «abuelos» a



todos los de la generación anterior, y «hermano» y «hermana» a los de su edad.

Hay una gran solidaridad con los viejos y los inválidos, por lo menos mientras se les pueda ayudar sin poner en peligro la vida del grupo. Recuerdo el caso de un pigmeo al que habían llamado los campesinos para que cazara un gorila enloquecido, que aterrorizaba a la gente de la aldea. En estas circunstancias los campesinos suelen acudir a los pigmeos, porque son expertos cazadores y muy valientes. El pigmeo se enfrentó al gorila armado con su lanza y le hirió de muerte, pero al retirarse el gorila le dio una terrible dentellada en la región lumbar, que le paralizó las piernas. En la selva quien no puede caminar está condenado a una muerte segura. En estos casos la banda se hace cargo de los desdichados: he visto que los ciegos y los enfermos graves no son abandonados.

Los pigmeos ya no tienen lengua propia. Hablan las de los pueblos con los que han estado en contacto, a veces desde hace siglos. Dado que a menudo se han visto obligados a emigrar a grandes distancias, las lenguas que hablan pueden pertenecer a pueblos bastante alejados geográficamente. Turnbull cuenta que no parecen dar importancia al pasado ni al futuro. Lo que cuenta es el presente. Cita un dicho suyo: «Si no es aquí y ahora, ¿qué importa dónde y cuándo?».

Su divinidad (si queremos llamarla así) es la selva, y se sienten parte de ella. Es el padre y la madre, el ente que hace posible la vida, y hay que respetarlo. Cuando muere un pigmeo, según las regiones lo queman o lo colocan dentro de su choza, y después de los ritos fúnebres derrumban la choza encima del cadáver y llevan el campamento a otra parte, dejando que el cadáver se funda con la tierra.

El matrimonio no tiene un rito muy elaborado. Llegado el caso, se divorcian. Es probable que hayan aprendido de los agricultores la actual costumbre de «comprar» a su mujer, no con dinero, porque no tienen, sino con servicios prestados a los futuros suegros, como trabajar para ellos, lo que se traduce en cazar durante uno o dos años. Para casarse, un hombre tiene que demostrar que es capaz de cazar, y por lo tanto de mantener a una familia, y cuando se lleva a una mujer de casa de sus padres tiene que darles algo a cambio para reemplazar la contribución de la mujer al sustento de su familia de origen.

### El mensaje de un faraón

Los pigmeos tienen un carácter alegre. Son charlatanes, y consideran que su vida es muy agradable —lo es, en efecto. Pasan mucho tiempo en el campamento sin hacer nada, pero les encanta el baile, el canto y la música, que es una polifonía muy rica con timbres particulares, en la que cada individuo da una nota, siempre igual, o canta una melodía a intervalos de tiempo determi-